

viejo borracho encargado del asunto, quien dió buena cuenta de él, apaleando después sin piedad á los desgraciados cosacos, á fin de convertirlos en buenos agricultores. Y esto se encontraba en todas las esferas, empezando por el Palacio de Invierno en San Petersburgo, y concluyendo en el Usuri y en Kamchatka.

La alta administración de Siberia estaba animada de las mejores intenciones, y sólo puedo repetir que, tomado todo en consideración, era mucho mejor, más ilustrada y más interesada en el mejoramiento del país, que la de cualquiera otra provincia rusa; pero al fin era una administración, una rama del árbol que tiene sus raíces en San Petersburgo, y eso bastaba para paralizar todas sus excelentes intenciones y convertirla en un obstáculo á todo principio de progreso espontáneo de vida local. Cualquiera cosa que se iniciara en bien del país por los elementos locales, era mirada con desconfianza é inmediatamente paralizada con una multitud de dificultades que partían, no tanto de la mala voluntad de los hombres — quienes, por lo general, son mejores que las instituciones —, sino simplemente por pertenecer á una administración piramidalmente centralizada. El hecho mismo de ser un gobierno cuyo origen se hallaba en otra parte, hacía que apreciara todas las cuestiones desde el punto de vista del funcionario del poder central que piensa ante todo en lo que dirá su superior, y qué efecto causará esto ó lo otro en la máquina administrativa, en vez de hacerlo en interés del país.

Gradualmente, pues, fuí cada vez más encauzando de nuevo mis energías hacia las exploraciones científicas. En 1865 exploré el Sayáns occidental, donde adquirí nuevos conocimientos respecto á la estructura de las altas regiones de Siberia, dando con otra importante de carácter volcánico, en la frontera china; y en suma, al año siguiente, emprendí un largo viaje para descubrir una comunicación directa entre las minas de oro de la provincia de Yakutsk (en el Vitim y el Olókma) y Transbaikalia. Durante varios años (1860-64) los miembros de las expediciones siberianas habían intentado encontrar ese camino, procurando cruzar la serie de cordilleras rocosas, en extremo agrestes y paralelas, que separan ambos lugares; pero cuando llegaban á esa región, viniendo del Sur, y veían ante sus ojos esas terroríficas montañas extendiéndose por centenares de kilómetros hacia el Norte, todos ellos, excepto uno que fué muerto por los naturales, se volvían atrás. Era, por consiguiente, indudable que para alcanzar buen éxito la expedición debía dirigirse de Norte á Sur; de las temibles y desconocidas soledades, á las regiones populosas y templadas.

Ocurrió también, que, mientras preparaba la expedición, me enseñaron un mapa que un natural del país había trazado con su cuchillo en la corteza de un árbol; el cual, dicho sea de paso, era tan magnífico ejemplo de la utilidad del sentido geométrico en los períodos más rudimentarios de la civilización — debiendo, por consiguiente, interesar á A. R. Wallace —, y tal su semejanza con la verdad que nos presenta la Naturaleza, que me confió á él por completo, empezando mi viaje de acuerdo con sus indicaciones. En compañía de un joven naturalista aprovechado, de nombre Polakoff, y un topógrafo, fuí primero bajando por el Lena á las minas de oro del Norte, y allí equipamos nuestra expedición, tomando

provisiones para tres meses, y partimos para el Sur. Un viejo cazador de Yakút, que veinte años antes había seguido una vez el camino indicado en el mapa del tungo, se comprometió á servirnos de guía, y cruzar la región montañosa — unos 420 kilómetros de anchura —, siguiendo el río, los valles y los desfiladeros indicados con el cuchillo de aquél, en el mapa de corteza de abedul. Obra gigantesca que realmente llevó á feliz término, á pesar de no haber rastro alguno que poder seguir, y parecer todos los valles que se veían desde lo alto del paso de una montaña, cubiertos en su totalidad de bosque, á la vista del que no estaba habituado á contemplarlos, como absolutamente idénticos.

Esta vez se dió con la senda: durante tres meses estuvimos vagando por el desierto de montañas casi completamente inhabitado y por las mesetas pantanosas, hasta que, al fin, llegamos á nuestro destino en Chitá. Me han dicho que esa vía es ahora de provecho para conducir ganado, del Sur á las minas de oro; en cuanto á mí, el viaje me fué de mucha utilidad, ayudándome extraordinariamente para encontrar la base de la estructura de las sierras y mesetas de Siberia; pero como no estoy escribiendo un libro de viaje, debo hacer aquí punto final.

* * *

Los años que pasé en Siberia me enseñaron muchas cosas que difícilmente hubiera logrado aprender en otra parte: pronto me convencí de la absoluta imposibilidad de poder hacer algo de verdadera utilidad para la masa del pueblo por medio de la máquina administrativa; tal ilusión la perdí para siempre. Entonces fué cuando empecé á comprender, no sólo al hombre y su carácter, sino el móvil interno de la vida de las sociedades humanas. El trabajo constructivo de la masa anónima, del que rara vez se hace mención en los libros, y la importancia de tal obra en el crecimiento de las formas de la sociedad, apareció por completo ante mis ojos. El presenciar, por ejemplo, de qué modo las comunidades de Dukhobortsy (hermanas de las que van ahora á establecerse en el Canadá, y que tan favorable acogida encuentran en los Estados Unidos) emigraron á las regiones del Amur, ver las inmensas ventajas que le reportó su organización fraternal, casi comunista, y hacerse bien cargo del éxito admirable que alcanzó su colonización, en medio de todos los fracasos de la oficial, fué aprender algo que no se encuentra en los libros. Además, el vivir con los indígenas, el ver funcionando todas las formas complejas de organización social que ellos habían elaborado bien distantes de la influencia de toda civilización, fué, como no podía menos de ser, para mí, el acumular torrentes de luz que iluminaron mis estudios posteriores. La parte que las masas, el pueblo, representa en la realización de todos los acontecimientos históricos importantes, y aun en la guerra, se hizo patente para mí por medio de la observación directa, llegando así á tener ideas similares á aquellas que expresa Tolstoï, concerniente á los jefes y las masas, en su monumental obra *Guerra y Paz*.

Habiendo sido criado en el seno de una familia propietaria de siervos, entré en la vida activa, como todos los jóvenes de mi tiempo, con un gran convencimiento de lo necesario que es mandar, ordenar, reprender, castigar y demás; pero cuando, en la primavera de la vida, tuve á

mi cargo empresas de importancia y tratos con los hombres, y cuando cada error hubiera podido tener en el acto graves y serias consecuencias, empecé á apreciar la diferencia que existe entre servirse del principio del mando y la disciplina ó valerse del común acuerdo. El primero es de gran efecto en una parada militar; pero carece de valor allí donde se trata de la vida real, y sólo se puede obtener el éxito por el esfuerzo supremo de muchas voluntades, convergentes á un mismo fin. Aun cuando no formulé entonces mis observaciones en términos análogos á los usados por los partidos militantes, puedo decir ahora, que perdí en Siberia toda la fe en la disciplina del Estado, que antes pudiera haber tenido; preparándose así el terreno para convertirme en anarquista.

Desde la edad de diecinueve años á la de veinticinco, tuve que ocuparme en importantes trabajos de reformas, tratar con centenares de hombres en el Amur, disponer y llevar á cabo arriesgadas expediciones, con medios ridículos por su insignificancia, y otras cosas parecidas; y si todo esto terminó de un modo más ó menos satisfactorio, sólo lo atribuyo al hecho de que pronto comprendí que, en situaciones graves, el mando y la disciplina prestan bien poca ayuda. Los hombres de iniciativa hacen falta en todas partes; pero una vez dado el impulso, la empresa ha de ejecutarse, especialmente en Rusia, no en forma militar, sino en una especie de modo comunal, por medio del general acuerdo. Desearía que todos los que fraguan planes de gobierno autocrático, pudieran pasar por la escuela de la vida real, antes de empezar á forjar sus utopías de Estado: entonces se oiría hablar mucho menos que al presente, de proyectos de organización militar y piramidal de la sociedad.

Con todo esto, la vida en Siberia se me hacía cada vez menos atractiva, no obstante haberse unido á mí mi hermano Alejandro, en 1864, en Irkutsk, donde mandaba un escuadrón de cosacos. Los dos nos considerábamos felices de vernos juntos; leíamos mucho, y discutíamos todas las cuestiones filosóficas, científicas y sociológicas de la época; pero ambos buscábamos con anhelo una vida intelectual que no se encontraba en Siberia. El paso casual por Irkutsk de Rafael Pumpelly y de Adolfo Bastián — los dos únicos hombres de ciencia que visitaron nuestra capital en el tiempo que estuve en ella — fué un verdadero acontecimiento para ambos. La vida científica y especialmente la política de la Europa occidental, de la que oíamos hablar por los periódicos, nos atraían, y el volver á Rusia era el tema obligado al que venían á parar todas nuestras conversaciones. Finalmente, la insurrección de los desterrados polacos en 1866 nos abrió los ojos, mostrándonos la falsa posición que ocupábamos como oficiales del ejército ruso.

VIII.

Estaba yo muy lejos, en las montañas de Vilin, cuando los desterrados polacos, ocupados en excavar un nuevo camino en la roca, en las inmediaciones del lago Baikal, hicieron un desesperado esfuerzo para romper sus cadenas y abrirse paso para China á través de la Mongolia. Se mandaron tropas contra ellos, y un oficial ruso — á quien llamaré Potaloff — fué muerto por los insurrectos. Me enteré de esto á mi vuelta

á Irkutsk, donde unos cincuenta de aquéllos iban á ser juzgados en consejo de guerra, y como la celebración de éstos es en Rusia pública, pude tomar de todo notas detalladas, que remití á un diario de San Petersburgo, en el que se publicaron íntegras, con gran disgusto del gobernador general.

Sólo á la Siberia oriental habían sido desterrados once mil polacos, entre hombres y mujeres, á consecuencia de la insurrección de 1863; en su mayoría eran estudiantes, artistas, ex oficiales, nobles, y, en particular, hábiles artesanos que procedían de la inteligente población obrera de Varsovia y otras ciudades. Una gran parte de ellos se aplicaba á trabajos forzados, y los restantes habían sido distribuidos por el país, en pueblos donde no hallaban trabajo alguno y vivían sumidos en la miseria. Los destinados á trabajos forzados se ocupaban en Chitá en la construcción de barcas para el Amur — éstos eran los menos desgraciados, — ó bien en talleres de fundición y en las salinas. Vi algunos de estos últimos en el Lena, haciendo un trabajo tan penoso y sufriendo tales cambios bruscos de temperatura, que á los dos años de tan atroz faena, estos mártires morían con seguridad de consunción.

Más adelante, un número considerable de los mismos se emplearon como peones en la construcción de un camino á lo largo de la costa Sur del lago Baikal. Este estrecho lago alpino, de 665 kilómetros de largo, rodeado de hermosas montañas que se elevan de mil á cerca de dos mil metros sobre su nivel, es lo que separa á Transbaikalia y el Amur de Irkutsk; en invierno, aquél puede cruzarse sobre el hielo, y en verano hay vapores; pero durante seis semanas en la primavera y otras tantas en el otoño, el único medio de llegar á Chitá y Kyakhta (yendo á Pekín) desde Irkutsk, es el recorrer á caballo un largo y semicircular camino á través de montañas de dos y medio á cerca de tres kilómetros de altura. Una vez hice este viaje gozando grandemente del soberbio espectáculo que ofrecían las montañas con sus mantos de nieve en el mes de Mayo; pero por lo demás, la cosa no tuvo nada de agradable. Sólo el trepar trece kilómetros para llegar á la cumbre del paso principal, Kaumar-dabán, me costó todo un día, desde las tres de la mañana hasta las ocho de la noche; nuestras cabalgaduras se caían con frecuencia, á causa de la nieve que se fundía, dando con sus jinetes varias veces al día en la que, semilíquida, corría bajo la costra medio helada, por lo cual se acordó construir un camino permanente á lo largo de la costa Sur del lago, labrándolo, por decirlo así, en las rocas empinadas y casi verticales que se elevan desde la orilla misma, y salvando con puentes un centenar de rápidos é imponentes riachuelos que con furia rodaban de la montaña al lago; en tan duros trabajos se empleaba á los desterrados polacos.

Varias partidas de desterrados políticos rusos fueron mandadas á Siberia durante el siglo anterior; pero con esa conformidad con el destino que caracteriza á los rusos, jamás se rebelaron; dejaban que los mataran lentamente sin intentar jamás libertarse. Los polacos, por el contrario, — dicho sea en su honor, — nunca fueron tan sumisos, y esta vez se sublevaron abiertamente; era evidente que no contaban con probabilidades de poder triunfar; pero, sin embargo, lo hicieron. Tenían por delante el gran lago y á la espalda una cordillera de montañas absolu-

tamente impracticables, más allá de las cuales se extendían los desiertos de la Mongolia del Norte, á pesar de lo que concibieron la idea de desarmar á los soldados que les custodiaban, forjando al efecto esa arma terrible de las insurrecciones polacas — hoces fijas como picas en palos largos — y abrirse camino atravesando la sierra y la Mongolia, en dirección á China, donde encontrarían buques ingleses que los recogieran. Un día llegó la noticia á Irkutsk que una parte de esos polacos, que trabajaban en el camino de Baikal, habían desarmado una escolta de doce soldados, declarándose en rebelión; ochenta soldados era todo lo que desde allí se podía mandar contra ellos, los cuales, atravesando el Baikal en vapor, fueron á buscar los insurrectos al otro lado del lago.

El invierno del 66 había sido extraordinariamente triste en Irkutsk; en la capital siberiana no hay esa distinción entre las diferentes clases que se observa en las grandes poblaciones rusas, y la «sociedad» de aquella, compuesta de numerosos militares, y empleados, en unión de las esposas é hijas de los mercaderes y aun de los curas, se reunían durante dicha época del año, todos los jueves, en los salones de recepción; pero este invierno, sin embargo, faltaba la animación en tales fiestas; los aficionados no daban juego en las representaciones teatrales, y las mesas del tapete verde, que generalmente florecían en una gran escala, arrastraban una lánguida existencia. Era indudable que existía una seria escasez de dinero en el mundo oficial, y ni aun la llegada de varios empleados de las minas fué señalada con esa profusión de billetes de Banco con que tan privilegiados personajes comúnmente animaban las noches pasadas en el juego. Como la tristeza no se disipaba, un caballero, que el invierno anterior había sido el niño mimado de Irkutsk, gracias á los cuentos humorísticos que contaba con mucho gracejo, viendo que el interés en este género de entretenimiento decaía, apeló al espiritismo como nuevo recurso, y tan buenas trazas se dió, que á la semana toda la población estaba loca con los espíritus parlantes, infundiéndose nueva vida á los que no sabían cómo matar el tiempo. Mesas que hablaban aparecieron en todos los salones, y los amoríos marcharon mano á mano con los golpes espirituales. El teniente Potaloff tomó desgraciadamente todo esto por lo serio: el espiritismo y el amor; tal vez fué menos afortunado con el segundo que con el primero; el caso es que, cuando llegó la noticia de la insurrección, pidió ir en la expedición con los ochenta soldados, esperando volver coronado con el laurel de la victoria.

«¡Voy contra los polacos — escribió en su diario; — sería tan interesante ser herido ligeramente!»

Fué muerto; iba á caballo, al lado del coronel que mandaba la tropa cuando «la batalla con los insurrectos» — cuya brillante descripción puede verse en los anales del estado mayor general — empezó. Los soldados avanzaban lentamente á lo largo del camino, cuando encontraron unos cincuenta polacos, cinco ó seis de los cuales estaban armados de fusiles y el resto de palos y hoces; éstos ocupaban el bosque, y de tiempo en tiempo hacían disparos de fusil, á los que contestaban los soldados. Potaloff pidió dos veces permiso al coronel para echar pie á tierra y correr al bosque, á lo que el jefe referido le contestó, bastante incomodado, que permaneciera donde estaba, á pesar de lo cual, un momento

después, el oficial desapareció; se oyeron varios tiros repetidos en la floresta, seguidos de desgarradores lamentos; los soldados se lanzaron en esa dirección y encontraron al teniente desangrándose en tierra. Los polacos, después de hacer sus últimos disparos, se rindieron; la batalla había terminado y Potaloff estaba muerto. El se hubo de arrojar, revólver en mano, á la espesura, donde halló varios polacos armados de hoces; disparó sobre ellos su arma precipitadamente, hiriendo á uno, é inmediatamente los otros cayeron sobre él.

Al otro extremo del camino, en esta parte del lago, dos oficiales rusos se condujeron de un modo abominable con los polacos que trabajaban en la misma carretera y no habían tomado parte en el alzamiento; uno de aquéllos entró furiosamente en la tienda de campaña de los desterrados, jurando y disparando su revólver contra esa gente inofensiva, hiriendo gravemente á dos de ellos.

La lógica de las autoridades militares en tales circunstancias era, que, como un oficial ruso había sido muerto, se hacía necesario ejecutar á varios polacos; los consejos de guerra condenaron á cinco de ellos á muerte; Szaramowicz, un pianista de treinta años y arrogante figura, que fué el jefe de la insurrección; Celinski, hombre de sesenta, que en otro tiempo había sido oficial del ejército ruso, y tres más cuyos nombres no recuerdo.

El gobernador general telegrafió á San Petersburgo pidiendo autorización para aplazar la ejecución de la sentencia, mas no le contestaron; nos había prometido no pasarlos por las armas; pero después de haber esperado la respuesta varios días, ordenó se llevara á cabo la sentencia reservadamente, á las primeras horas de la mañana. La contestación de San Petersburgo vino cuatro semanas después por correo; se dejaba al gobernador en libertad de obrar, «según su mejor saber y entender». Entre tanto, cinco hombres de levantado espíritu habían sido fusilados.

La gente decía que la insurrección fué una insensatez, y, sin embargo, este valiente puñado de rebeldes obtuvo algo provechoso para los demás. Las noticias de lo ocurrido llegaron á Europa; las ejecuciones, las brutalidades de los dos oficiales, que se hicieron públicas al ser conocidas las sesiones del consejo, produjeron una conmoción en Austria, y ésta intervino en favor de sus súbditos que habían tomado parte en la revolución del 63 y fueron enviados á Siberia. Poco después del alzamiento, la suerte de los desterrados se mejoró sensiblemente, lo cual se lo debieron á los que se rebelaron, á aquellos cinco hombres bravos y enérgicos que fusilaron en Irkutsk, y á los que á su lado se levantaron en armas.

Para mi hermano y para mí, esta insurrección fué una provechosa enseñanza; comprendimos lo que significaba el pertenecer bajo cualquier concepto al ejército. Yo estaba muy lejos de allí; pero mi hermano se encontraba en la capital, y su escuadrón recibió orden de marchar contra los insurrectos; afortunadamente, el jefe del regimiento á que mi hermano pertenecía lo conocía á él bien, y, bajo un pretexto cualquiera, mandó que otro oficial tomara el mando de la parte movilizada del escuadrón; de lo contrario, Alejandro, como es natural, se hubiera negado á marchar; y de encontrarme yo allí, hubiese hecho lo mismo.

Entonces decidimos dejar el servicio militar y volver á Rusia; esto

no era empresa fácil, especialmente por haberse casado Alejandro en Siberia; pero al fin, todo se arregló, y en los comienzos del 67 estábamos en camino para San Petersburgo.

PARTE CUARTA.

SAN PETERSBURGO.

I.

A principios de otoño del 67, mi hermano, con su familia y yo, nos hallábamos establecidos en San Petersburgo. Entré en la Universidad, y me senté en los bancos entre jóvenes, casi niños, de mucho menos edad que yo. Lo que tanto había anhelado durante los últimos cinco años, se había cumplido: podía estudiar; y en conformidad con la idea de que un conocimiento completo de las matemáticas es la única base sólida para todo estudio posterior, ingresé en la Facultad físico-matemática, en su sección dedicada á esta última. Mi hermano entró en la Academia militar de Jurisprudencia, en tanto que yo abandoné por completo la milicia, con gran disgusto de mi padre, á quien le repugnaba hasta la vista misma de un traje de paisano. Ahora, los dos no podíamos contar más que con nuestros propios recursos.

El estudio en la Universidad y un trabajo científico absorbieron todo mi tiempo durante los cinco años posteriores. Un estudiante de la Facultad matemática tiene, por supuesto, mucho que hacer; pero mis estudios previos en el cálculo integral, me permitieron dedicar una parte de mi tiempo á la geografía, y, además, no había perdido en Siberia el hábito de trabajar con fe.

La Memoria de mi última expedición estaba en prensa, presentándose al mismo tiempo un vasto problema ante mis ojos. Los viajes que había hecho por Siberia me habían convencido de que las montañas que en aquella época figuraban en los mapas del Norte de Asia eran fantásticas en su mayoría, y no daban ni remota idea de la estructura del país. Las grandes mesetas, que son un rasgo tan característico de Asia, no habían sido ni aun sospechadas por los que trazaron los mapas. En su lugar, varias grandes cordilleras, tales como, por ejemplo, la parte oriental de la de Slanovoi, que aparecía en los mapas como una oruga negra, trepando hacia el Este, ha sido engendrada en los centros topográficos, contrario á las indicaciones y hasta á los planos de exploradores, tales como L. Schwartz. Esas cordilleras no existen en la naturaleza. Los nacimientos de los ríos que corren hacia el Océano Artico de una parte y al Pacífico de otra, se hallan entrelazados en la superficie de una gran meseta, teniendo su origen en los pantanos mismos; pero en la imaginación del topógrafo europeo, las más altas cordilleras de montañas deben ir asociadas á las fuentes de los grandes ríos, y allí ha dibujado él unos elevados alpes, de los que no hay ni aun

vestigios en la realidad. Muchas imaginarias montañas como esas, interceptaban el mapa del Norte de Asia en todas direcciones.

El descubrir los verdaderos principios fundamentales en la disposición de las montañas de Asia — la armonía de la formación montañosa — vino á ser ahora una cuestión que absorbió mi atención algunos años. Durante bastante tiempo los antiguos mapas, y más todavía las generalizaciones de Alejandro von Humboldt, quien, después de un largo estudio de los ríos chinos, había cubierto el Asia de una red de montañas, corriendo á lo largo de los meridianos y paralelos, me embazaron en mis investigaciones, hasta que al fin vi que aun las generalizaciones de este autor, á pesar de haberme servido de gran estímulo, no estaban de acuerdo con los hechos.

Empezando, pues, por el principio, en una forma puramente inductiva, recolecté todas las observaciones barométricas de viajeros anteriores, y de ellas calculé centenares de altitudes; marqué en un mapa de grande escala todas aquéllas, tanto geológicas como físicas, que habían sido realizadas por diferentes exploradores; los hechos, no las hipótesis; procurando averiguar qué líneas de estructura responderían mejor á las realidades observadas. Este trabajo preparatorio me ocupó más de dos años, seguidos de meses de profundas meditaciones, á fin de descubrir lo que el confuso caos de diseminadas observaciones quería decir; hasta que un día, repentinamente, todo se me hizo claro y comprensible, como si hubiera sido iluminado por una ráfaga de luz. Las principales líneas de estructura de Asia no se hallan dirigidas de Norte á Sur, ó de Occidente á Oriente, sino que vienen de Sudeste al Noroeste; así como en las montañas Rocosas y las mesetas americanas, aquéllas del Noroeste al Sudeste, encontrándose sólo algunas cordilleras secundarias colocadas en opuesta dirección. Además, las montañas de Asia no son un conjunto de independientes cordilleras, como los Alpes, sino que se hallan subordinadas á una meseta inmensa, un viejo continente que en otro tiempo se dirigía hacia el estrecho de Bhering. Altas cordilleras laterales se han elevado á sus costados, y en el transcurso de los siglos nuevos terrenos, formados de sedimentos posteriores, han emergido del mar, aumentando por ambos lados la anchura de ese primitivo espinazo de Asia.

Pocos placeres hay en la vida humana que igualen al producido por la aparición repentina de una generalización que ilumina el entendimiento, después de un largo período de paciente investigación. Lo que durante años se presentaba muy caótico, muy contradictorio y muy problemático, toma de pronto su posición propia dentro de un todo armónico. Del seno de una confusión enorme de hechos y tras las sombras formadas por una multitud de conjeturas — desvanecidas casi al mismo tiempo que creadas — un majestuoso cuadro hace su aparición, como la cadena de montañas alpinas emerge súbitamente en todo su esplendor de la niebla que momentos antes la ocultaba, brillando bajo los rayos del sol en toda su sencillez y variedad, en toda su grandeza y hermosura. Y cuando la generalización se pone á prueba, aplicándola á centenares de hechos separados, que un momento antes habían parecido ser en extremo contradictorios, cada uno de ellos asume la posición que le conviene, aumentando lo impresivo del cuadro, acentuando